

Etzatlán: minería y Revolución

Alvaro Matute
Universidad Nacional Autónoma de México

Durante el año de 1907, un viajero italiano llamado Adolfo Dollero inició un amplio recorrido por todo el país, aprovechando los casi 25,000 kilómetros de vías férreas que se habían construido durante el Porfiriato. Aparte de sus intereses comerciales, Dollero dio a la estampa un voluminoso libro titulado *Il Messico d'Oggi. Note ed impressioni di viaggio dell'Autore durante quindici anni di residenza, poste a giorno degli ultimi avvenimenti svoltisi nella Repubblica*.¹ Proveniente de Nayarit y rumbo a Guadalajara se detuvo en Etzatlán y Ahualulco antes de llegar a la capital del Estado. Vale la pena traducir las líneas que le dedica a Etzatlán:

...es una pequeña ciudad de 6,000 habitantes a cerca de 1150 metros sobre el nivel del mar. Pertenece a Ahualulco, uno de los cantones más ricos del Estado de Jalisco.

Las minas forman la riqueza principal de Etzatlán: contienen oro, plata, cobre, plomo y manganeso.

En 1908 produjeron más allá de dos millones de pesos. En general, las mejores minas pertenecen a compañías norteamericanas. La principal es *The Amparo Mining Co.*²

También la agricultura se encuentra en buensísimas condiciones y se cultivan cereales y legumbres. Con el agua de la *Laguna de Magdalena*³ se riegan cerca de 600 hectáreas de terreno.

A pesar de la proximidad de la laguna citada, la salud pública se encuentra en buenas condiciones, lo que se debe a la situación de Etzatlán, fuera de la dirección del viento.

En general son frecuentes en Etzatlán los hurtos domésticos y los delitos con lesiones.

1. Con 300 illustrazioni, 20 tavole e una carta itineraria. Milano, Ulrico Hoepli, Editore Libraio della Real Casa, 1914, XII-909. Tengo noticia de que hay traducción española.

2. En inglés y cursivas en el original.

3. En español y cursivas en el original.

La instrucción pública no estaba descuidada de parte del gobierno del Estado, pero sin embargo el clero había sabido conquistar una cierta preponderancia, tanto que era un poco mayor el número de alumnos que frecuentaban sus escuelas.

En Etzatlán no encontramos ni alcantarillas ni servicio de agua potable ni luz eléctrica, y sólo las calles principales de la ciudad estaban adoquinadas, había, no obstante, un albergue discreto.

Las industrias eran pocas; algunas fábricas de *mezcal* y algunas otras de poquísima importancia.⁴

Con ello termina la visita y la descripción de Etzatlán, hecha por Dollero. En el abundante apéndice del libro encontramos, además, otros datos de utilidad. Repite la cifra demográfica y pasa enseguida a dar razón de los servicios urbanos: Abogados y Notarios: Lic. Luis Alonso, calle Ocampo, 60 Comerciantes: J. Romero y Cía., La Nueva Reforma, Calle del Mercado, 133 (Comestibles, etc).

Médicos: Dr. Jesús González Ibarra, médico municipal (Consulta en Calle Escobedo 98 1/2, de 8 a 9 am y de 1 a 4 pm.). Anexa farmacia de San José, de los señores González Medina.

Hoteles: Hotel México de Telésforo Ramos. Plaza de Armas.⁵

Buena fuente para la microhistoria de multi-México, *Il Messico d'Oggi* vino a continuar la tradición de viajeros escritores iniciada acaso con otro compatriota suyo varios siglos antes, Gianfrancesco Gemelli Careri, quien sin embargo no dio cuenta de tierras neogallegas.

De acuerdo con Marvin D. Bernstein, dos grandes empresas mineras de Jalisco eran operadas por norteamericanos: la *Amparo Mining Company* (Etzatlán) perteneciente a la casa Marcus Daly, de Filadelfia, Pensilvania, y la *Cinco Minas* (Hostotipaquillo) que pertenecía también a la Marcus Daly y a James Gerard, quien fuera último embajador de los Estados Unidos en la Alemania imperial. Cuando la *Amparo* compró la mina de Santo Domingo, un negro futuro se auguraba para los nuevos propietarios.⁶ Esta no sólo prosperó, sino que siguió activa durante el periodo revolucionario y se convirtió en los primeros años del siglo en un imán para la población económicamente activa.

Pese a que en algunas fuentes se destaca la fertilidad del valle de Etzatlán, para Dollero resalta más la actividad minera

4. *Ibid*, pp. 365-366.

5. *Ibid*, p. 843

6. Marvin D. Bernstein. *The Mexican Mining Industry, 1890-1950. A Study of the Interaction of Politics, Economics and Technology*. New York: State University of New York, 1964, p. 71.

y dentro de ella, el lugar que ocupa la *Amparo Mining Company*, cuyo gerente era el señor Santiago Howard, y superintendente del Departamento de Minas de la misma, el ingeniero Amado Aguirre y Santiago, oriundo del mineral de San Sebastián —perteneciente al cantón de Mascota—, donde vio la luz el 8 de febrero de 1863.

Don Amado llegó a la *Amparo* en 1905, tras una experiencia profesional ejercida en Tenamache (Nayarit), Real del Monte (Hidalgo), y San Andrés de la Sierra (Durango). Era, como todo jalisciense respetable de entonces, egresado del Liceo de Varones. Estando en la Segunda Reserva del Ejército Federal instituida por Bernardo Reyes, obtuvo el despacho de Teniente de Ingenieros, por lo que las cuestiones castrenses no le eran desconocidas. Por lo demás, como prototipo de masón activo y anticlerical llegó a pensar que el problema principal del país, y concretamente del Jalisco que vivía, radicaba en el fanatismo religioso, al que según él había que desterrar. Hombre de posición desahogada —ganaba \$300 dólares mensuales—, gozaba de buena reputación en Etzatlán y Guadalajara cuando se desarrolló en el país la revolución maderista, la cual, según sus apreciaciones personales, apenas se hizo sentir en el Estado.⁷

Tanto sus convicciones como las circunstancias, lo llevaron a tomar parte activa en la Revolución. Esos dos factores lo convirtieron en un espectador activo o participante lejano en el momento maderista. De cualquier manera, no fue ajeno a lo que sucedía ni mucho menos, los trabajadores o ex-trabajadores de la mina del *Amparo*, quienes se levantaron en armas siguiendo el llamado del *Plan de San Luis*.

Antes de entrar al relato más pormenorizado de las trayectorias de estos insurgentes mineros, cabe lanzar una primera y factible hipótesis, en apoyo a la tesis que sustenta Francois Xavier Guerra en su interesante artículo "Territorio minado".⁸ Se trata obviamente de explicar por qué fueron mineros y no campesinos los levantados en Jalisco durante el primer llamado a la Revolución. Aunque el general Aguirre no profundiza en este terreno y solamente describe los hechos, es posible que se haya distribuido propaganda magonista entre los trabajadores de la mina, ya que la respuesta que dieron al llamado maderista no se explica por sí sola, es decir,

7. No sólo se puede apreciar eso en sus *Memorias*. Cfr. Santiago Portilla Gil de Partearroyo. *Una Sociedad en armas: insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911*. México: El Colegio de México, 1982. [Tesis para optar por el grado de Doctor en Historia]. Con mucho, el mejor estudio sobre el levantamiento militar maderista.

8. "Territorio minado. Más allá de Zapata en la Revolución Mexicana". *Nexos*, año VI, vol. 6 no. 65, mayo de 1983, p. 31-47.

no pareciera que el *Plan de San Luis* hubiera sido el único detonador. Sin una labor previa, difícilmente se hubieran improvisado las tropas que levantaron algunos mineros de la *Amparo Mining Company*. Los centros mineros estuvieron en la mira de los magonistas –tal como lo plantea Guerra–, y ello puede ser la explicación más completa que por el momento no se encuentra en las escasas fuentes que ilustran este proceso.

Según don Amado quienes se levantaron como jefes de grupo fueron pocos: Leopoldo Leal y su segundo Cleofas Mota, en el cantón de Tequila; Ramón Romero en el de Ahualulco; y otros de zonas más alejadas de la que ahora interesa. Transcribo un párrafo de las *Memorias de campaña* del general Aguirre:

Leopoldo Leal y Cleofas Mota, jefe y subjefe respectivamente del grupo que se levantó en los cantones de Tequila y Ahualulco, fueron atacados en la población de Magdalena por un regimiento rural que se había organizado en Guadalajara y siendo sorprendidos murió Leopoldo Leal en las calles de Magdalena con dos o tres de sus compañeros, retirándose Cleofas Mota con un grupo que no pasaba de 60 hombres rumbo a los minerales de Hostotipaquillo, sin más operación de relativa importancia que haber atacado el mineral de la Yesca en los límites del Estado de Nayarit que guarnecían siete rurales de este último estado mencionado, entonces Territorio Federal de Tepic, que no sólo se rindieron, sino que se les incorporaron y como sucede siempre que termina un régimen, al caer la administración del general Díaz y celebrarse los Tratados de Ciudad Juárez, se le incorporaron algunos elementos más, con los que se dirigió a Etzatlán, su tierra natal, al frente de cerca de 200 hombres, entre los que fungía como pagador el joven José Luis Amezcua⁹

Agrega que Mota entró triunfante a Etzatlán el 26 de mayo de 1911. Don Amado lo describe de la siguiente manera: “un herrero laborioso y honrado que había trabajado como tal en la *Amparo Mining Company* bajo mis órdenes y quien habiéndome confiado su resolución de levantarse en armas en

9. A. Aguirre, *op. cit.*, p. 11.

10. *Ibidem.*

11. *Ibid.* p. 12

pro de la causa maderista y pedíome ayuda, le aporté lo que pude, que aunque no muy importante, se sirvió de ella”¹⁰.

El ingeniero en jefe de la mina -don Amado- le informó a Mota lo referente a la celebración de los *Tratados de Ciudad Juárez* y la renuncia de Díaz; lo invitó -en compañía de Guillermo Howard- a pasar al mineral, donde podía tener una mejor posición estratégica. Cuando Aguirre y Howard acudieron a encontrarse con Mota, el primero destacó haber reconocido en las filas de los levantados a muchos trabajadores de la mina.¹¹

Maximino Rojas, “huizachero de Guadalajara” -según lo califica el general Aguirre-, fungía como secretario de Mota y fue enviado por éste seguramente a espiar a don Amado para que cumpliera con la oferta de telegrafiar a la capital del Estado, dando fe de que las fuerzas de Mota se encontraban acampadas en pie de paz. Al mismo tiempo, estaba comisionado a solicitar préstamos para las tropas y reunió 5,000 pesos. Al recibir la respuesta de esa ciudad, Rojas avisó a Mota que ya podía bajar a Etzatlán. En ese telegrama, el gobernador le daba a este último la orden de ir a concentrarse en Guadalajara. En este lugar se le dio el grado de coronel y sus fuerzas fueron consideradas como rurales.

Según la fuente de la que me beneficio, el ingeniero Robles Gil, egresado del Colegio Militar, veía con desagrado a Mota y ello propició que el antiguo herrero y entonces coronel se levantara contra el gobierno del Estado, de lo cual resultó derrotado y disperso, siendo obligado a presentarse en la ciudad de México donde comprobó ser leal al gobierno federal y sólo rebelde al de Robles Gil. De regreso en Jalisco, mientras trabajaba en una fragua de la calle de Mezquitán, “se presentaron agentes reservados del gobernador y le dieron muerte”. Don Amado recoge este aserto como versión popular que circuló entonces, la cual hasta 1936-1939 -tiempo en que escribía su libro-, no fue contradicha.

El otro jefe que destaca en la revolución maderista -menciona Aguirre- es Ramón Romero, originario de San Marcos, ex-cantón de Aqualulco. Lo conoció desde 1906 en la mina y lo caracteriza por su “espíritu liberal” y por ser “enemigo de toda arbitrariedad”. A este respecto, Aguirre recoge una anécdota ilustrativa: el presidente municipal de San Marcos

impuso una contribución de 3 centavos por cada cántaro de agua que se sacara de la pila situada a la mitad de la plaza. Romero se apostó con cinco o seis vecinos, después de gestionar la derogación de la medida, y con las armas en la mano cuidaron de que todo el vecindario sacara gratis el agua que necesitaba, para lo cual inmovilizaron a los dos policías locales, a quienes amenazó con fusilarlos si hacían polvo.

A la muerte de Leopoldo Leal levantó con facilidad a treinta o cuarenta hombres con quienes anduvo a salto de mata, sufriendo deserciones que lo enviaron a refugiarse en la costa de Chila y al mineral de Huitzitzila. Poco después de que Mota evacuó Etzatlán, llegó Romero con 200 hombres y ocupó la plaza un par de días haciendo gala de buen comportamiento y organización. Su suerte fue semejante a la de Mota. Fue elevado al rango de coronel, y a su grupo se le dio la denominación del 15o. Cuerpo de Rurales. Su error consistió en reconocer al gobierno de Huerta y con él combatir a los revolucionarios, lo cual lo llevó a perder la vida.

De Francisco del Toro no se tiene noticia acerca de su lugar de origen, aunque Aguirre aporta el dato de haberlo conocido al servicio de la casa Camarena y Corcuera antes de 1911, como introductor de ganado en el rastro de Guadalajara. Se trata, pues, de un jefe no proveniente del campo minero. Del Toro fue inclusive general brigadier y al igual que Romero, reconoció al gobierno de Huerta, lo cual fue muy común en el Estado. Ello lo hizo combatir a diversos grupos levantados en armas y participar del lado federal en la batalla de Orendáin. La derrota del general Mier lo obligó a expatriarse, y ya consumada la escisión entre Carranza y Villa, Del Toro se le presentó a Benjamín Hill en Nogales para ponerse al servicio del constitucionalismo. Hill lo envió a la División de Occidente, donde para su mala suerte fue reconocido por el general Diéguez, quien sin mayor esfuerzo lo mandó pasar por las armas en virtud de que había sido su enemigo en Orendáin.

Quienes en cambio sí son elementos del "territorio minado" son los hermanos Medina, habiendo destacado entre ellos Julián —más tarde general villista—, y sus hermanos Jesús, José y Juan. Todos fueron mecánicos de la mina del *Amparo* y desde ahí se lanzaron a la lucha contra el huertis-

mo. Fueron perseguidos por Del Toro, sin que éste obtuviera éxito; ellos, en cambio, desarrollaron una actividad constante en los minerales de Hostotipaquillo, San Pedro Analco y La Yesca.¹²

Etzatlán y el Amparo no fueron pues ajenos o indiferentes a la Revolución. Si bien el contingente humano aportado por la mina y el pueblo no pueden calificarse de muy amplios, tampoco resultan despreciables. Ya en la etapa constitucionalista la situación comenzó a volvérsela crítica al ingeniero Aguirre, quien había mantenido un nexo muy cercano con sus ex-subordinados, convertidos en revolucionarios.

Los Medina operaban al principio en Hostotipaquillo, pero más adelante tuvieron que emigrar a Zacatecas, haciendo entradas y salidas a la zona de Tequila. Por su parte, Julián del Real se hacía notar en los límites de Jalisco y Nayarit; o sea, por el rumbo de Amatlán de Cañas. Cuenta don Amado:

Mis relaciones con estos grupos unidos se hicieron más intensas viendo yo en ellos un principio de buena organización y dos veces Lauro Dueñas, una Julián del Real y otra Celso Santiago estuvieron en mi casa en el mineral, cambiando ideas y prometiéndome ellos subordinarse a mi mando si me ponía a la cabeza de todos. Admití su proposición y les manifesté hacerlo así desde el momento en que poniéndose en comunicación con Elías Sedano, Pedro Zamora y Hermínio Fernández, admitieron formar un solo grupo, pero me contestaron todos que si se encontraban Julián del Real y Pedro Zamora se matarían y por este estilo me decían todos, imposibilitando la reunión que yo pretendía, para no andar a "salto de mata" y poder hacer frente a grupos como los que combatían con Julián Medina y solían quedar derrotados¹³.

Continúa diciendo don Amado que con el pretexto de defender el mineral, consiguió que el mismísimo general José María Mier –gobernador y jefe militar de Jalisco–, le vendiera 50 carabinas Máuser de 8 mm. con 200 cartuchos cada una, al precio de 40 pesos por unidad. Esto sucedía en marzo de 1914. Mier preguntó a Aguirre si la posición del mineral era fuerte y si no lo atacarían las gavillas. La respuesta fue afirmativa. Logró Aguirre que le vendiera 30 carabinas

12. *Ibid.* pp. 16-17.

13. *Ibid.* p. 34.

más y obtuvo el permiso para traer de los Estados Unidos dos ametralladoras Hotchkiss y 25 fusiles comprados por la compañía, de los utilizados en la Guerra de Cuba. Con ello supuestamente se le podría hacer frente a Julián del Real. Dos días posteriores a esa reunión, una derrota sufrida por gente del Real hizo que se les recogiera armamento y fueran reconocidas dos carabinas, por lo cual el ingeniero fue llamado por el gobernador, ante quien con dificultad aceptó que posiblemente las habían vendido a unos mineros el sábado, día en que bajaban al pueblo y bebían más de la cuenta.

Ramón Romero se encontraba en Guadalajara, resentido con el trato que los federales daban a los rurales incorporados. Don Amado lo convenció de sumarse a la rebelión y simular un combate con Julián del Real, quien se declararía derrotado, y esto propiciaría que se le diera a Romero una fuerza más grande, al menos de dos escuadrones. La desgracia se presentó cuando el intermediario de ellos -Enrique Robles Reynoso- fue interceptado por los federales y se le encontró una carta del propio Aguirre en la que explicaba el plan. El jefe político del cantón, de apellidos Contreras Medellín, "hermano masón de lo más puro", recibió órdenes de aprehenderlo y pasarlo por las armas. En lugar de eso le dio aviso, quedando a salvo. Lo trágico del caso es que no se completó la comunicación con del Real y el combate no fue simulado. Ello le costó la vida a Ramón Romero. La situación de don Amado era insostenible. A partir de ese momento entró en contacto con la vanguardia del Cuerpo de Ejército del Noroeste -ésta acababa de entrar en Tepic- y se dedicó a reforzar su comunicación con Julián Medina, quien ignoraba los avances logrados por la División de Occidente, e incluso no sabía que su comandante era Manuel M. Diéguez, nombrado a la sazón gobernador y comandante militar en Jalisco.

Para entonces, la extrema vanguardia de la División al mando del coronel Miguel M. Acosta entró a Etzatlán, donde se entrevistó con el ingeniero, quien se incorporó con sus mineros armados. Ahí como en Ahualulco se reclutaron elementos de tropa. Bajo las órdenes de Acosta recorrieron la zona, hasta que Diéguez dio aviso sobre su arribo a San Marcos, enviando como vanguardia al teniente coronel Es-

teban Baca Calderón, quien fue alcanzado en Etzatlán por Acosta y Aguirre.

Unos días más tarde llegó por fin Diéguez y trabó contacto con Aguirre, a quien dio el grado de mayor, por ser ingeniero y por haber confirmado que era el autor del plano con el itinerario de la costa de San Blas hasta Yurécuaro. Ya incorporado a las fuerzas de Diéguez, este comandante le solicitó un croquis de Guadalajara. La respuesta fue que no sólo le proporcionaría eso sino un verdadero plano, pero para ello era necesario conseguir una heliografía. Mandó entonces el mayor Aguirre a un elemento de confianza disfrazado de carbonero a pedirla al licenciado Othón Camarena, gran amigo suyo. A los tres días contaban con el plano de Guadalajara que sirvió para preparar la estrategia de lo que fue la batalla de Orendáin. Etzatlán siguió siendo el centro receptor del Cuerpo del Ejército del Noroeste. No sólo estaba ahí la División de Occidente, sino que fueron llegando las columnas de Hill, Cabral, Sosa y Buelna, entre otros.

Es en este momento, cuando la microhistoria deja de serlo para convertirse en historia mayor, nacional o macrohistoria. Lo que fue un pequeño conjunto de grupos armados adquirió la dimensión nacional y su entusiasmo ganó sentido al participar en la Batalla de Orendáin, y en la victoria logró la capitulación de Guadalajara, culminación del éxito militar de Alvaro Obregón sobre los federales.

El balance es muy sencillo. La conclusión provisional es que, con seguridad, la propaganda magonista llegó a la mina del *Amparo*, dado que se trataba de una negociación minera de importancia. No es casual que Romero y Mota, y sobre todo Julián Medina y sus hermanos, hubieran salido de allí. El otro aspecto digno de nota es saber que un hombre con recursos, de 51 años de edad, convencido de la causa liberal y de la necesidad de combatir el "fanatismo tradicional" del pueblo, se haya sumado a una lucha a la que aportó sus conocimientos técnicos con buenos resultados. Lo exiguo de la documentación no permite ir muy lejos en cuanto a la explicación de los acontecimientos. Sin embargo, la actividad minera colocó a Etzatlán en el mapa de la Revolución Mexicana.